

Las formas de la fealdad

Fealdad, gracia y libertinaje. Estética y modernidad en el pensamiento colombiano (1940-1960)

PAOLA MONTERO, DIANA FIGUEROA Y ANGIE BERNAL (EDICIÓN)

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2018, 372 pp.

LOS HOMBRES de letras colombianos de mediados de siglo XX, en sus columnas y libros, discutieron sobre temas tentadores: la belleza, la fealdad, la imagen poética y el libertinaje. Leyéndolos, tratándolos, uno puede decir que eran delicados. Pero no se crea por esto que estoy hablando de santurriones o de tipos sesudos aburridos: Eduardo Caballero Calderón es cortés y delicado, pero a la vez es resuelto y directo. Les dice a las cosas por su nombre, con buena prosa y una larga discusión con muertos y vivos, con ideas y con libros. Pero siempre lo hace en tono conversado. En su libro *El nuevo príncipe. Ensayo sobre las malas pasiones*, que fue publicado en 1945, discute sobre lo bello y lo feo.

Pero hoy ya no se busca la belleza sino la fealdad (...). Si la belleza es la armonía entre el sujeto y el objeto o entre las partes y el todo como la consideraban los griegos, la desarmonía entre las partes y la discordancia entre el todo y quien lo contempla, ¿qué nombre podría recibir?

—No veo otro que el de fealdad. (p. 98)

En este ensayo (“Teoría de la fealdad”), Caballero plantea el enfrentamiento entre lo tradicional y lo nuevo, el final del dominio europeo y el surgimiento de un nuevo imperio con sus expresiones artísticas. Mientras los europeos se enfocaron en el talento, los estadounidenses se enfocaron en el espectáculo. Lo que allá fue ópera aquí es comedia musical.

En cambio hoy la exaltación de lo feo no es una mera desviación de criterio individualista en el arte, sino que es la lógica consecuencia de un criterio social que destruye y

ahoga la conciencia del individuo. Socialmente no pueden existir sino la incongruencia, la discordancia y la indeterminación. (p. 103)

La conclusión de Caballero Calderón, a tono con sus lecturas de Hegel y el pensamiento de algunos integrantes del Partido Liberal de entonces, es desalentadora: la fealdad es algo que tiene mucho que ver con el desequilibrio; la fealdad, en últimas, es incoherencia y desarmonía del mundo contemporáneo. Caballero Calderón no gustaba de la arquitectura de Nueva York ni de la disonancia de Debussy, tampoco de la pintura de Picasso y los surrealistas y las masas. Es un espectador en el sentido kantiano, que asume un papel activo en la contemplación y constitución de la obra y su efecto.

La teoría de lo feo y lo bello de Caballero hace parte del libro *Fealdad, gracia y libertinaje. Estética y modernidad en el pensamiento colombiano (1940-1960)* que surgió en la Universidad Nacional de Colombia hace siete años, en un seminario sobre estética contemporánea a cargo de Carlos Rincón, profesor invitado al Departamento de Filosofía, y que tomó cuerpo gracias a la persistencia y entusiasmo de sus quince estudiantes, que después de las calificaciones y tesis de grado, decidieron retomar el espíritu del curso hasta que tomó aliento para una larga vida. El libro fue el proyecto seleccionado en la beca de publicación de libros colombianos del Ministerio de Cultura.

El libro es una radiografía política y social de la Colombia de mediados del siglo XX que proyecta las discusiones culturales y sus protagonistas, así como el contexto histórico en que se debatió sobre la belleza, la gracia, el sexo y los espectadores criollos. Aparecen revistas como *Eco*, *Mito*, *Prometeo*, *Tierra Firme* o *Argumentos*, que marcaron el pulso de las tensiones y luchas contra la mentalidad retardataria, racista y provinciana de parte de nuestra clase dirigente.

Es un libro que, retomando la consideración de la belleza, es atractivo y profundo, y tiene buena apariencia: su portada es elaborada y equilibrada, está impreso en un papel de buena calidad y su diagramación es simétrica, juega con una paleta (negro, blanco

hueso y rojo) que hace de la lectura un ejercicio agradable. Además, está bien titulado, una cualidad escasa en los libros académicos y en los de las grandes editoriales comerciales.

Una segunda cualidad está en la curaduría. La selección de autores colombianos que abordaron los temas de una estética contemporánea es variadísima: está el pionero Baldomero Sanín Cano, los diplomáticos Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón, los poetas y editores Jorge Gaitán Durán y Ramón Pérez Mantilla, los críticos Hernando Valencia y Juan Lozano y Lozano. No hay nada de relleno. Está hecha con los criterios de un profesor exigente y curioso que los pone a conversar con Kant, Adorno, Benjamin, Ortega y Gasset, Nietzsche, el Marqués de Sade y paro aquí. Con semejante lista se tiene un coctel nutrido, en algunos pasajes lleno de citas, referencias y guiños eruditos; en otros, completo y minucioso.

El libro está estructurado en cinco partes: “Albores de la reflexión estética”, “Conceptos de la estética moderna en Colombia”, “Recepción de teorías estéticas” y dos secciones adicionales, que son lo mejor del libro: “Crítica de cine: de la nota publicitaria al análisis cinematográfico” y “Polémica cultural y formación de una esfera pública intelectual”. Juega con el binomio de texto de referencia y su comentario curatorial, que en este caso está aderezado con exploraciones sobre la materialidad de la belleza y la fealdad, visitas a la Pinacoteca de Múnich y el Museo de Orsay en París, el fracaso moral de la humanidad y la decadencia del mundo moderno, el surrealismo y la dinámica de la poesía en Colombia, los viajes bohemios, y la censura y los vetos. La sintaxis de estos textos es amigable, como de andar por la casa: frases bien trabajadas y siempre claras, efectivas y con un ritmo agradable.

El emparejamiento entre algunas secciones resulta forzoso; en otras, la relación es difícil porque los comentaristas explican demasiado, quizás hubiera sido mejor insinuar en algunos pasajes en vez de decirlo todo, pues algunos se pasan de sutiles, y la gente que se anime a leer este libro probablemente no tendrá la misma disposición mental de quien está ante

RESEÑAS		SOCIOLOGÍA
<p>un libro de Hegel; en otros binomios, asistimos a una buena conversación, con un tono cálido, amable.</p> <p>Menciono una. El capítulo asignado a Jorge Gaitán Durán y la censura que sufrió la película <i>Rojo y negro</i> del director Claude Autant-Lara por parte de la Junta Nacional de Censura de Cine. Gaitán Durán –editor de la revista <i>Mito</i>–, que tiene silla en aquella junta en representación de la Asociación de Escritores y Artistas Colombianos, escribe en una carta al entonces ministro de Educación en febrero de 1958: “Me preocupa el hecho de que exista una <i>junta de censura cinematográfica</i> y no una <i>junta de orientación cinematográfica</i>” (p. 326); una semana después asume un tono más enérgico en una carta abierta publicada en <i>El Tiempo</i>: “La conciencia es el único bien que tenemos los escritores y es lo único que no podemos sacrificar de ninguna manera. Por lo demás el único tribunal al que podemos recurrir es al de la opinión pública” (p. 330).</p> <p>Dos días después, <i>El Siglo</i> (periódico conservador) publicó una nota cuyos argumentos principales fueron:</p> <p>Primero: <i>Rojo y Negro</i> es una película financiada por los comunistas.</p> <p>Segundo: Stendhal está en el <i>Index Librorum Prohibitorum</i> (el célebre catálogo de las obras científicas, literarias y filosóficas que ningún devoto católico debía leer jamás).</p> <p>Tercero: entre el <i>Index</i> y el arte, Gaitán Durán prefirió este. (p. 331)</p> <p>Las cosas no cambiaron mucho. Treinta años después, el Comité de Censura del Ministerio de Comunicaciones prohibió proyectar en las salas de cine del país <i>La última tentación de Cristo</i> de Martin Scorsese por considerarla ofensiva contra la religión católica.</p> <p>Vuelvo al debate planteado por Eduardo Caballero Calderón sobre la fealdad. El texto recibió una respuesta de Rafael Carrillo, abogado y precursor de la filosofía en nuestro país. Una nota que fue un reto, no a muerte, pero sí a dentelladas.</p> <p>A pesar de lo dicho, el libro entraña una novedad irrefutable: que haya habido un escritor capaz de escribir sobre tales temas (...). Lo inconcebible es que no haya surgido</p>	<p>el pensador, el intelectual, o si quiera el que suele llamarse crítico entre nosotros, que entre a refutar con igual seriedad y con igual valor los conceptos emitidos por el escritor del <i>Nuevo príncipe</i> (...) pues el libro, quizá uno solo de sus capítulos, daría para largas y profundas consideraciones. (p. 115)</p> <p>Así fue. Pero a despecho del llamado a la acción de Carrillo, no es posible encontrar ningún estudio o investigación de este ensayo sobre la fealdad hasta 2010, en el centenario del nacimiento de Caballero. ¿Pasó inadvertido? Quizás. Paola Montero, comentarista de la <i>Teoría de la fealdad</i>, asegura que “Como parte de la élite intelectual, social y política bogotana, Caballero debía sentirse partícipe de la Modernidad” (p. 127), a pesar de vivir en una ciudad que quedaba lejos de todo, el Tíbet de los Andes. Y una de sus “actitudes modernas” fue el reto de travestirse de crítico, y no cualquiera, pues Caballero decidió luchar contra el canon –por ejemplo, <i>María de Jorge Isaacs</i>– y proponer diversos tipos de lectura del pasado.</p> <p>La discusión sobre el canon y los críticos conduce a la tercera virtud del libro, su pertinencia. Las publicaciones que cumplen una función fundamental para la circulación de tantos bienes, procesos y productos culturales en Colombia viven al borde del barranco. Es difícil encontrar un espacio para la “crítica cultural”. Hace unos meses, los nuevos dueños del grupo <i>Semana</i> decidieron cerrar la revista <i>Arcadia</i> porque no dejaba las ganancias que ellos querían y su postura política los incomodaba.</p> <p>Esta publicación tiene por misión abrir los espacios para la construcción de pensamiento a través de la escritura, el debate de ideas y los planeamientos serios. Aquí está la coyuntura del libro, que debiera trascender el salón de clases universitario para incorporarse a una esfera pública de la estética que interrogue y cuestione los discursos de poder, sordos y unidimensionales de nuestra esfera política.</p> <p>Al igual que la belleza, este libro, más que un hecho evidente y palpable como producto editorial, es una sugerencia espiritual. Además, está bien editado, creo que no tiene un solo</p>	<p>error desde la carátula hasta los anexos. Y ya no hay nada más que contar, solo queda leerlo, siempre tiene algo nuevo qué decir.</p> <p style="text-align: right;">Fernando Salamanca</p>